



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La dimensión cultural del Mediterráneo

Autor: Galasso, Giuseppe

Forma sugerida de citar: Galasso, G. (1996). La dimensión cultural del Mediterráneo. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 32-40.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA DIMENSIÓN CULTURAL DEL MEDITERRÁNEO

Por *Giuseppe* GALASSO

DIRECTOR DE LA REVISTA *COMPRENDRE*

EL MEDITERRANEO ha aparecido siempre como una realidad histórico-geográfica e histórico-cultural muy particular. Ya en tiempos históricos se abrió paso rápidamente la idea de su unidad antrópica. Un escritor griego llegó a escribir que los hombres que vivían en las costas que lo circundaban eran como ranas alrededor de un estanque. Los romanos, además de *mare nostrum*, lo definieron *mare internum*. De esta manera expresaban, por una parte, el sentido de pertenecer políticamente al Imperio y, por lo tanto, el hecho de formar parte de la unidad impuesta a la gran cuenca marítima y, por otra parte, su colocación al interior de un contexto unitario que el Imperio de Roma había engendrado, pero que no se trataba únicamente de un contexto geopolítico. En aquel tiempo el Mediterráneo se consideraba como el extremo occidental del gran complejo formado por Asia, África y Europa que representaba la *ecumene*, la tierra habitada, el grande y unitario teatro terrestre de las peripecias humanas; a su alrededor, se extendían las aguas infranqueables del padre Océano. Más tarde, la barrera del Océano se rompió; pero es sintomático notar que, apenas adquirido el sentido total de la geografía del planeta y de las vías marítimas y terrestres del globo, se observara inmediatamente que en ninguna otra parte existían "otros Mediterráneos". Y esto se afirmaba principalmente en sentido geográfico pero, una vez más, con implicaciones que superaban los límites del tema físico.

Sucesivamente la idea de la especificidad del Mediterráneo no disminuyó, sólo cambió de sentido. El lugar que el *mare internum* había ocupado hasta el siglo XVI, en relación con el comercio y la cultura europea, se desplazó al Atlántico septentrional y a los países que formaban el triángulo Londres-París-Berlín. El Mediterráneo pasó a ser un mar secundario, cerrado en toda su extensión por la

geografía, con excepción de la pequeña rendija del Estrecho de Gibraltar. Nada renovó ya los fulgores bizantinos, islámicos, italianos, provenzales, ibéricos que entre los siglos IX y XVI, de la plena Edad Media a la culminación del Renacimiento, habían convertido el área mediterránea en el motor de una futura gran historia y creado la matriz de la civilización moderna.

Fue entonces, entre los siglos XVII y XIX, que empezó a tomar forma la idea de una "civilización mediterránea" como civilización caracterizada por una peculiaridad cultural propia, respecto de la de una Europa más desarrollada. La imagen del mundo mediterráneo como patria de las artes y de las ciencias, de las religiones y de las filosofías, de las formas políticas y de los sistemas jurídicos, de los que Europa había adquirido su personalidad histórica y moral, se transfirió al pasado, se transformó en la representación de algo que había sido pero que ya no era. Ahora, la razón, las ciencias y las artes, el progreso, residían en otro lugar. El Mediterráneo aparecía como el área de un gran éxtasis cultural. Se conservaban valores y módulos de humanidad y civilización que en otras partes habían sido superados impetuosamente por la modernidad. Ello ha provocado también una doble actitud europea: por un lado, desprecio o por lo menos sensación de superioridad nórdica respecto de un Sur perezoso, supersticioso, atrasado, fatalista, semifeudal, en resumen, con todas aquellas connotaciones opuestas a las cualidades atribuidas a la Europa septentrional, es decir, dinamismo moderno, racionalista, liberal y progresista, y, por otro lado, una mitificación de perfiles extraordinariamente atractivos, la leyenda de un mundo en el que se conservan valores elementales y antiquísimos que representan el fruto de una sabiduría no superada, en el que naturaleza e historia están íntimamente fundidas, donde todo es a la medida del hombre, en el que los impulsos de la vitalidad y del conocimiento del sentido natural del límite se equilibran perfectamente, en el que la estética forma un todo con la ética, en el que las figuras enjutas y tostadas del marinero y del labrador dominan el paisaje natural y cultural...

De cualquier modo, ha predominado una óptica en la que el Mediterráneo aparece como una realidad profundamente unitaria, en lo positivo y en lo negativo, en sus valores y en su existencia. Se puede decir que a mediados del siglo XIX el Mediterráneo presentaba a los ojos de Europa la doble imagen de mar de la gran historia cultural y civil, de la que Europa es hija, y de mar con una inalterada e inalterable sedimentación antropológico-cultural. La primera imagen está anclada en el pasado, va desde las más antiguas

civilizaciones del Nilo y del Próximo Oriente a las del Renacimiento italiano. La segunda imagen se encuentra como situada fuera del tiempo, oscila entre la estética y la antropología, entre entusiasmos naturalistas y clasicistas y desdenosas o complacientes sonrisas etnológicas e incluso racistas, entre la envidia o la aspiración por un estado considerado de gracia natural y la condena o denuncia de una condición histórica y social de subdesarrollo.

Sin embargo, con la apertura del Canal de Suez pareció que se abrían de nuevo para el Mediterráneo las puertas de la gran historia. El extenso mar pareció florecer otra vez en sus puertos y en sus actividades económicas, encontrando una inesperada relación con los mayores tráficos mundiales, de los que parecía definitivamente segregado. La "Marcha triunfal" de *Aida*, compuesta *ex professo* para la inauguración de dicho Canal por uno de los genios mediterráneos más puros, pareció querer expresar el sentido de este retorno con la seguridad de una fatal reproducción histórica, de un iniciado retorno del mundo mediterráneo a sus antiguos esplendores de abundancia y civilización.

No ha sido así. La realidad se ha demostrado mucho más mediocre de lo que se esperaba. Nadie creía que la "centralidad" del Mediterráneo en la historia europea pudiera repetirse. Pero se confiaba en una integración con las áreas más avanzadas de la civilización occidental, que lo habría convertido en parte constituyente y consistente del mundo avanzado. En lugar de esto, el Mediterráneo ha continuado siendo un "área deprimida" apareciendo su marginalidad histórica modificada sí, pero no radicalmente, respecto de la de mediados del siglo XIX. Incluso durante la Segunda Guerra mundial en la que este mar había sido nuevamente teatro de sucesos políticos y militares de enorme magnitud, los destinos del conflicto, y con ellos los del mundo, fueron decididos en otra parte. Es más, la característica de depresión económica y social ha recibido, inmediatamente después de la guerra, una definición mucho más concreta de cuanto lo hubiera sido antes, en las disciplinas económicas, sociológicas y antropológicas. El desnivel evidente en todos los indicadores estadísticos respecto de los porcentajes económicos, sociales y culturales registrados en los países y en las regiones de la Europa más desarrollada ha terminado por contribuir a que el Mediterráneo sea considerado como una de las mayores áreas de subdesarrollo del mundo contemporáneo. Y este sobresalir en la clasificación como área deprimida ha favorecido también al reformamiento de la imagen de una estructura socioantropológica y cultural del Mediterráneo en conjunto diferente y específica respecto

del modelo europeo-occidental, que desde hace ya doscientos años constituye el principal término de comparación en las discusiones acerca de la realidad mediterránea.

En verdad, la connotación unitaria del Mediterráneo es muy problemática. Fernand Braudel, uno de los mejores conocedores de la historia mediterránea moderna y uno de los espíritus más sensibles a las sugerencias impregnadas del mito y de la realidad del *mare internum*, lo ha expresado perfectamente:

¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas a la vez. No es un paisaje sino innumerables paisajes. No es un mar, sino una sucesión de mares. No es una civilización sino una serie de civilizaciones hacinadas unas sobre otras. Viajar por el Mediterráneo significa encontrar el mundo romano en el Líbano, la prehistoria en Cerdeña, las ciudades griegas en Sicilia, la presencia árabe en España, el Islam turco en Yugoslavia. Significa precipitarse en el abismo de los siglos, hasta las construcciones megalíticas de Malta o las pirámides de Egipto. Significa encontrar realidades antiquísimas, aún vivas, al lado de lo ultramoderno: junto a Venecia, con su falsa inmovilidad, el imponente aglomerado industrial de Mestre; junto a la barca del pescador, que todavía es la misma de Ulises, el barco pesquero devastador de los fondos marinos o los enormes petroleros. Significa sumergirse en el arcaísmo de los mundos insulares y al mismo tiempo sorprenderse por la extraordinaria juventud de ciudades muy antiguas, abiertas a todos los vientos de la cultura y del comercio, y que a través de los siglos vigilan y consumen el mar.

La historia pasada y presente concuerda, en el siguiente enfoque, como en muy pocas ocasiones sucede: sólo existió una época de total unidad mediterránea. En el plano político fue bajo el dominio de Roma y por un largo periodo de tiempo, entre los siglos I y V de nuestra era. En el plano religioso tuvo lugar durante pocos siglos, entre el V y el VII, cuando el cristianismo había ganado la partida y se había transformado ya prácticamente en la religión de todo el mundo romano, antes de que en las orillas meridionales y orientales se asomara el islam. Pero esta fase de la historia del Mediterráneo ha dejado tras de sí una considerable herencia de memorias arqueológicas pero no de grandes elementos comunes de identidad cultural de los pueblos y de las civilizaciones que florecieron alrededor de sus costas.

En cuanto a la religión, o sea un elemento absolutamente fundamental de todas las identidades culturales, la fractura islámica ha mutado profundamente la faz moral y sociocultural de todo el gran arco que se extiende desde Casablanca a Suez y a Constantinopla. A su vez, la propia unidad cristiana se ha articulado en dos

grandes confesiones: la ortodoxa y la católica, cuyas repercusiones socioculturales han tenido tanta importancia cuanto las de la fractura islámica: es suficiente pensar en puntos fundamentales como el celibato de los sacerdotes, el culto de las imágenes, la concepción de la vida monástica o la relación entre Estado e Iglesia. Además, siempre ha estado presente en las riberas del Mediterráneo la religión madre tanto del cristianismo como, en substancia, del islam, es decir, el judaísmo: antes en su hogar palestino, después, con su repetida diáspora, y a pesar de las persecuciones sufridas, especialmente por parte católica, un poco en toda la cuenca mediterránea. El elemento hebraico ha sido una parte importante y original del tejido civil local adquiriendo, a menudo, papeles de importancia en la historia de la cultura un poco en todas partes, pero especialmente en los países ibéricos, en los del Danubio, en los balcánicos y en varias zonas musulmanas.

Mucho más accidentado que el panorama religioso ha sido y es el político, especialmente desde que, con la desmembración del Imperio Otomano y con la descolonización, han desaparecido los últimos grandes factores de unión de amplios sectores de la cuenca mediterránea bajo el dominio de una única potencia. La división simplista entre potencias cristianas y potencias musulmanas ha durado mucho tiempo, desde el siglo VII al XVIII, pero ya entonces esta división desde hacía mucho que no contaba como factor político importante. La gran difusión de las ideas nacionales, liberales, democráticas, socialistas, fascistas, conservadoras y autoritarias durante el siglo XX se ha ido sintiendo ya sea en el ámbito cristiano como en el musulmán, mientras que la resurrección, tras casi veinte siglos, de un Estado de Israel en Palestina ha obedecido, por una parte, a la inspiración de esas ideas, y por otra, ha articulado de otra forma el panorama político mediterráneo.

Sin embargo, constatar sólo la fuerte diferenciación que hay que reconocer como dato constante y fundamental de la historia política, cultural y civil del *mare internum* no conseguiría captar plenamente las características fundamentales sin el agregado de, por lo menos, otras cuatro observaciones.

La primera es que, aparte de los limitados periodos de unidad parcial o total, en ninguna época las diferencias políticas y religiosas del Mediterráneo han impedido una profunda simbiosis de elementos morales y materiales entre los pueblos y las civilizaciones ribereñas. Aquí el aspecto del mar que une, del mar-puente, siempre ha predominado netamente sobre el aspecto del mar que divide, del

mar-barrera. Y es evidente que ha sido esta indudable y constante simbiosis la que ha constituido la parte fundamental de la idea de una efectiva unidad mediterránea, a la que la historia no puede aportar muchas otras pruebas.

La segunda es que la articulación mediterránea no se refiere sólo a la distinción en base a las grandes religiones o grandes áreas políticas, sino que se puede registrar con igual evidencia al interior de tales áreas. Las versiones en que el islam o el cristianismo, ortodoxo o católico, se presenta en cada región son, todavía hoy, muy diferentes entre sí. Aún más diferentes son las versiones de los modelos políticos que se han ido experimentando en los diversos países. Pensar que el punto de vista religioso es razón suficiente para considerar, por ejemplo, exactamente iguales entre sí, a causa de la común confesión islámica, a Marruecos, Turquía europea o Bosnia o bien Andalucía y Croacia por ser ambas católicas o las islas del Egeo y los campos búlgaros o serbios por la común confesión ortodoxa, claramente es elegir una ruta equivocada. Desde el punto de vista político la ejemplificación sería igualmente fácil. Y, por último, recordemos que en tiempos del Imperio, la unidad romana no era solamente una unidad político-jurídico-administrativa, sino también la unidad de una alta profesión de espíritu ético-político, o sea de una gran ética civil. El imperio de Roma no sólo conocía una variedad regional muy fuerte (como en su tiempo el imperio otomano y el español, el bizantino, el de los primeros califas musulmanes y, por último, el imperio colonial francés, que también reunieron bajo su soberanía una gran parte de las tierras mediterráneas), sino que presentaba también una bipartición lingüístico-cultural (lengua y cultura griega a oriente, latina a occidente) que ha constituido uno de los aspectos más relevantes de la historia mediterránea.

La tercera consideración es que en ninguna época el Mediterráneo ha sido un área cerrada, con un término en sí misma. Siempre ha permanecido abierto a una intensa comunicación y a importantes intercambios con las áreas adyacentes. Esta apertura se ha manifestado, en particular, hacia el Próximo Oriente, aquella gran forja iniciadora y promotora de civilización que durante milenios fue el área mesopotámica. Pero la apertura mediterránea ha sido igualmente fuerte en otras direcciones: del África subsahariana a la Europa central y septentrional, de las estepas euroasiáticas al Lejano Oriente, del mundo hindú al iranio. Una vez descubierta América la apertura ha sido igualmente importante en esa dirección y, como en los otros casos, también ese continente ha visto al

Mediterráneo tanto recibir (por ejemplo muchos de sus productos agrícolas) como dar (por ejemplo la gran emigración transoceánica entre 1870 y 1920).

La cuarta consideración —íntimamente ligada e interactiva con las anteriores— se refiere a la historicidad de todo lo que, valores o cultura, se puede entender como Mediterráneo y como civilización mediterránea. Ello no quiere significar que la magnitud de una larga duración no sea apropiada para esta historia. En algunos elementos se manifiesta con una inmediatez evidente: es suficiente pensar en los centros habitados, cuyos emplazamientos se han perpetuado en muchísimos casos desde la prehistoria presentando, de vez en cuando, una base urbanística que conserva la estructura primitiva. Tampoco significa que las permanencias, sedimentaciones, estratificaciones, condicionamientos culturales y de comportamiento hayan configurado la realidad mediterránea de modo tal que en su presente no se pueda leer entre líneas la trama de influencias y herencias plurimilenarias. Significa solamente que larga duración y permanencias, antiguas sedimentaciones y raíces profundas no han constituido nunca, y no constituyen hoy, un universo inalterado o inalterable. En realidad, duración y estratificación han obedecido y obedecen todavía a la imperiosa ley, nunca eludida, de una fuerte dialéctica entre fracturas y continuidad, entre catástrofes y supervivencia. El reloj del Mediterráneo es, en otras palabras, el de la historia y del cambio, como en cualquier otra historia humana. Los tiempos y las secciones del cambio pueden ser los más diversos, las líneas de falla las más escondidas. Pero un Mediterráneo inmóvil no ha existido nunca, excepto en el mito, en la leyenda romántica (frecuentemente alimentada por una "ciencia" engañosa) de una realidad que, si en verdad hubiese sido tan inmóvil, no se habría manifestado tan activa y rica como lo ha hecho y no habría consentido al Mediterráneo recibir y dar (entre Oriente y Europa) todo lo que ha dado y recibido.

Así pues, una cuádruple relación define la identidad cultural de las regiones mediterráneas: variedad, simbiosis, apertura, historicidad. Una relación completa —podríamos considerar— entre naturaleza e historia, ya que estos caracteres están implantados de un modo tan evidente en la geografía física del mundo mediterráneo que no es necesario describirlos bajo este aspecto. Pero debemos cuidar de no dejarnos seducir por injustas tipificaciones o hipóstasis de la especificidad mediterránea. A cada paso por estos recorridos hay que recordar las diferenciaciones regionales y las

aperturas al exterior. De la misma manera que sería inaceptable e injustificado negar una "mediterraneidad" que la perenne simbiosis entre las orillas que este mar no ha cesado jamás de alimentar, sería todavía mucho menos aceptable y justificado concebir una "mediterraneidad" desarticulada y cerrada, anclada para siempre y no profundamente dinámica, arquetipo existencial o filosófico y no fenómeno histórico múltiple y susceptible de datación.

Un análisis desde este punto de vista sería tan interesante cuanto extenso. Demostraría, entre otras cosas, lo fácil que es calificar como mediterráneos mentalidades y valores que tienen un cuadro de referencia mucho más amplio. Así, por ejemplo, es normal la atribución al Mediterráneo de elementos que se habrían de adjudicar, al contrario, a la más vasta (y también discutible) categoría de la "civilización campesina"; o bien a la "religiosidad mediterránea" creencias y rituales que muy a menudo son el destilado de superficiales y apresuradas asimilaciones entre praxis y mitos del mundo precristiano y praxis y mitos cristianos (o preislámicos e islámicos); o bien a una particular actitud mediterránea respecto de la política y la vida pública, tendencias que se tendrían que relacionar preferiblemente con aquella antítesis entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* y sus respectivos valores, que se ha demostrado propia de un contexto humano general.

La "mediterraneidad", en conclusión, no es una entidad, sino una realidad histórica, dinámica, con su continuidad y sus fracturas, con sus características específicas y sus aperturas, con su unidad y su variedad. Debe tenerse esto presente, en especial a finales del siglo xx, cuando el Mediterráneo ya desde hace tiempo ha entrado decididamente en el proceso general de profunda asimilación y homologación cultural puesto en marcha por la civilización industrial y por sus enormes fuerzas unificadoras. Pensar que el mundo mediterráneo pueda quedarse fuera de tal proceso es pura utopía (admitiendo que sea deseable). Pensar que pueda participar en él como una unidad indiferenciada y definida es pura abstracción (también porque él mismo se resistiría a ello con toda la fuerza de su condición histórica y estructural). El Mediterráneo puede estar en la modernidad como siempre ha estado en su realidad de simbiosis y de articulación entre sus costas, de apertura a la historia y hacia el exterior.

En el fondo, su identidad cultural está definida por los grandes valores de civilización que ha manifestado en los siglos: el humanismo antiguo y moderno, el monoteísmo de sus tres almas religiosas,

la ética de la libertad y de la responsabilidad del hombre y del ciudadano, las filosofías del ser y de la historia, el sentido romano del derecho y del Estado, el sentido cristiano y laico de la persona, el ideal apolíneo y dionisiaco de la belleza y de los valores, la curiosidad racionalista y científica por la naturaleza, la idea de la justicia social además de moral, los principios de la economía moderna del mercado y de la ganancia, la ingeniosidad de una técnica hecha, a menudo, con pocos recursos, el sentimiento de la nobleza y del esfuerzo del trabajo... Una lista con el grave inconveniente de ser larga y, a la vez, sólo parcial. Pero la dimensión cultural del Mediterráneo —histórica, múltiple, dialéctica en su conjunto— no ofrece otras posibilidades para poder ser captada en su autenticidad y complejidad, que es lo que provoca, también, su constante fecundidad.

Traducción de Luisa Ibáñez Pelechá